

000 177962

ADIOS, POETA

de Jorge Edwards

1931-3589

Tal como veníamos anuncian-
do, Jorge Edwards se apronta a pu-
blicar un libro de memorias acerca
de sus experiencias personales jun-
to a Pablo Neruda, experiencia que,
con intervalos, encuentros y desen-
cuentros, ocupa más de la mitad de la vida del memorialista, y cu-
bre buena parte de la historia lite-
raria y política del siglo. Más allá
de las decenas de libros apologéti-
cos y pese a la gran amistad que
unió a los dos escritores, *Adiós, po-
eta* es un libro de una desarmante
objetividad, para no decir sincerid-
ad, que da cuenta de un Neruda
siempre en el vértice de sus pasio-
nes, de sus contradicciones.



Neruda contemplando el Pórtico desde su casa de Isla Negra

estos con gran énfasis, ante la sorpresa de Gastón Rudec, entonces estudiante de filo-
sofía, y más, durante unas reuniones de
marchigado, en horarios heroicos, que des-
embocaron a elaborar una minuciosa tra-
ducción en verso del *Don Juan* de Lord
Byron. Ya no sé cómo se nos habrá ocurri-
do plasmar esas reuniones, ni por qué el
Don Juan, pero el hecho es que las críticas de Benavides, más precas y más enteradas
que nosotros, eran similares a las de Juan
Luis y a las de los célebres hidroboinas

censura, figuraba en esos estanterías. Neri-
da, recién llegado de su exilio, había termi-
nado el *Canto General* y estaba en la etapa,
entusiasta sin margen cierto, de *Las aves* y
El viento. Había renegado abiertamente,
hasta no mucho tiempo, de *Residencia en
la tierra*, la poesía que había escrito cinco
o seis veintitantas años, en el Santiago de 1925,
hacia la víspera de la guerra civil española,
diez años más tarde, etapa en la que había
pasado por el Exilio Oriente, Buenos Ai-
res, Barcelona y Madrid. Hasta dicho, con
otras palabras, que *Residencia*, el libro que
denunciaba a mi generación, representó
en la juventud suyo un período demasiado
amargo, oscuro, angustioso, que al final sólo
le presentó dos alternativas: la autodes-
cisión, el suicidio, o la salida a la salud
mental y moral, que sólo podía consistir en
una salida de la soledad a la solidaridad.

Pues bien, la mirada maliciosa de Char-
les Baudelaire recordaba que a atmósfera de
Crisis, a pesar del acento épico del
Canto General, a pesar de *Las aves* y *El
viento*, a pesar de los actos de cecación del
propio autor, no había aburrido por
completo y en forma definitiva esa casa.
Creo que me señal, en el fondo, aliviado por
esa comprensión, mientras intabla los
viejos volúmenes de poesía de Quevedo y
de Góngora, una surtida edición de Mo-
lino demandada a la biblioteca del Señor De-
fensor de Poe, de Baudelaire, de Walt Whit-
man, de Marcel Proust, y la colección de

Recuerdo con nitidez mi impresión cuando entré en compañía de su dueño a la biblioteca de la casa. Mi generación era lec-
tora y discursiva. Literato hasta el tuétano,
Baudelaire, prodigo o la pedantería. Ma-
chos de mis amigos, emulos del "frenético
libresco" de uno de sus pocos célebres,
sentían una clara desconfianza frente al vi-
talismo nerudiano y su condición de poeta
social, poeta artíano. Yo le había escuchado
a Ricardo Benavides, aspirante a profesor
de literatura y persona mucho más ave-
nida que yo en estas delicadas manetas,
que Neruda era un hombre puramente tri-
unfante, sin ninguna cultura, un genio en
estilo vegetal, como marimbaras, algas,
o un gran mal poeta, como había dicho
Juan Ramón Jiménez; y que en su caso no
sentía más que ediciones de sus propias
obras. El joven Ricardo Benavides sostiene

Adiós, poeta [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adiós, poeta [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile